

¿Por qué el emprendimiento es más que una buena idea?



Felipe Rifo Rivera
Académico Facultad Economía y
Negocios UST Los Ángeles

Cada 29 de abril conmemoramos el Día Nacional del Emprendimiento, una fecha elegida estratégicamente para recordar la creación de la Corporación de Fomento de la Producción (Corfo). Esta efeméride nos invita a reflexionar sobre el rol de quienes se atreven a crear valor en nuestro país. A menudo, se suele ver al emprendedor como un actor solitario que alcanza el éxito únicamente gracias a un esfuerzo individual o una gran idea. Sin embargo, desde la ciencia económica y el análisis de políticas públicas, sabemos que el emprendimiento rara vez es un fenómeno aislado; es, por el contrario, un logro profundamente colectivo.

Para que Chile avance hacia el desarrollo, necesitamos dejar de mirar exclusivamente a los individuos y comenzar a fortalecer la red institucional que los sostiene: nuestro ecosistema emprendedor. Esto implica comprender que un proyecto no sobrevive sin un entorno que le permita madurar, acceder a capital, conectar con mentores y encontrar un mercado dispuesto a validar sus soluciones. El talento es tan diverso como las personas y todos tenemos nuestras capacidades, pero las oportunidades no siempre se distribuyen por igual. Emparejar esa cancha es un paso ineludible para construir una economía nacional más dinámica e inclusiva.

Un ecosistema emprendedor robusto es el resultado de la interacción constante entre el Estado, el sector privado, los inversionistas y, de manera crucial, la academia. Ningún negocio escala en el vacío. Desde las instituciones de educación superior, vemos a diario cómo las universi-

dades y centros de formación actúan como incubadoras no solo de ideas, sino de talento humano, conocimiento avanzado y vinculación con las necesidades regionales. A pesar de los avances, nuestro país aún enfrenta desafíos estructurales, como la asimetría en el acceso a financiamiento en etapas tempranas y la necesidad de una mayor fluidez en la articulación público-privada.

En el centro de este ecosistema se encuentran las Pequeñas y Medianas Empresas (pymes), un actor clave de nuestra economía. Los datos reflejan un desafío importante: si bien las pymes generan la mayor parte del empleo formal en el país, su participación en las ventas totales y en las exportaciones aún es baja. Esta diferencia las vuelve más vulnerables a los ciclos macroeconómicos, siendo especialmente sensibles a las turbulencias económicas. Por ello, es necesario que las políticas públicas evolucionen. Debemos transitar desde una lógica de apoyos temporales hacia instrumentos de escalamiento empresarial y fomento al crecimiento sostenido.

Es aquí donde entra en juego el tercer pilar fundamental: la innovación. En América Latina, una gran proporción de los nuevos negocios surge por necesidad frente a la falta de oportunidades formales. El verdadero objetivo económico es propiciar un entorno donde florezca el emprendimiento por oportunidad.

La innovación, entendida no solo como disrupción tecnológica, sino como mejoras concretas en procesos, gestión y modelos de negocio, es una vía sostenible para hacer más eficientes nuestras empresas y generar mayor riqueza con los recursos que ya tenemos disponibles. Si queremos diversificar nuestra economía, la investigación aplicada y la transferencia de conocimiento deben convertirse en el nuevo estándar de la matriz productiva.

Conmemorar a los emprendedores en su día es comprometerse a despejarles el camino. Esto requiere una visión de futuro basada en alianzas estratégicas donde el Estado facilite, el sector privado invierta y la academia investigue y forme. Un espíritu emprendedor activo, cuando es respaldado por un ecosistema sólido y políticas pro-innovación, no es solo una buena idea; es la mejor política económica que podemos desplegar para nuestro país.